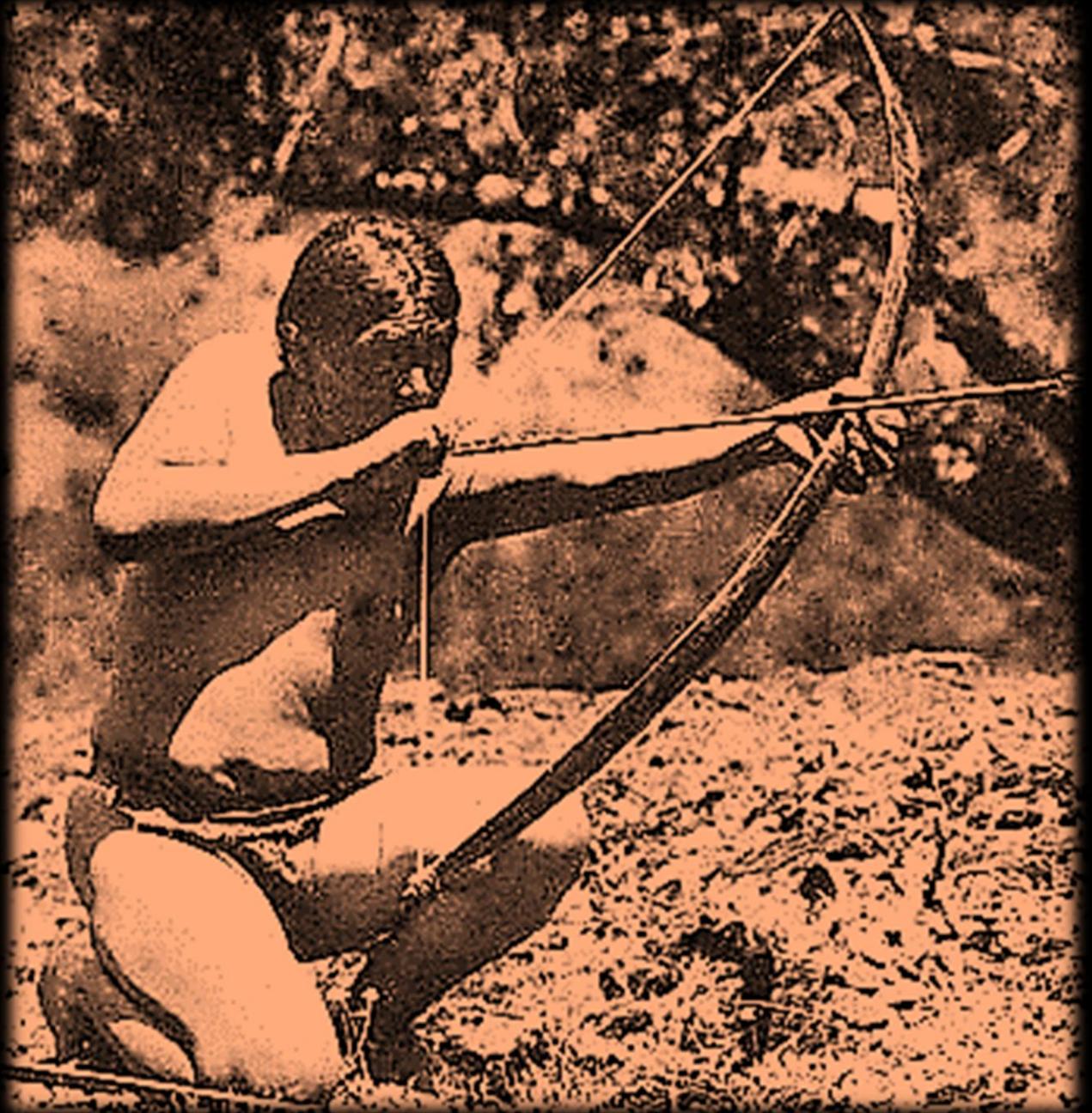


ISHI

Y LA GUERRA CONTRA LA CIVILIZACIÓN



Chahta-Ima



Escrito por: Chahta-Ima
Traducido por: Espiritu Tanu
de la Tierra Maldita y Xale
Edita: Revista Regresión



Primavera 2016



Ishi y la Guerra contra la Civilización

La aparición del eco-extremismo y las tácticas que utiliza, han causado mucha controversia en los círculos radicales a nivel internacional. Las críticas de individualistas tendiendo a lo Salvaje (ITS), y otros grupos alineados, han recibido una gran gama de acusaciones de locura ultra-radical. Un aspecto importante de esta polémica gira en torno a la idea del ataque indiscriminado. La enconada retórica por parte de los eco-extremistas puede exacerbar la hostilidad hacia estas tácticas entre los incrédulos. De cómo hablan algunos, sin embargo, parecería que ITS y otros grupos eco-extremistas están involucrados en detonar explosivos en centros preescolares y hogares para ancianos, es decir, objetivos aleatorios en lugar de objetivos de importancia específica para el sistema tecno-industrial, (laboratorios, ministerios gubernamentales, etc.). Se debe admitir que muchos de los que participan en polémicas contra el eco-extremismo tienen a priori un sesgo negativo en contra de cualquier argumento, no importa qué tan bien elaborado este, como ellos mismos admiten que el mantenimiento de la civilización y la domesticación es de su propio interés. No es el punto discutir con ellos. Por otro lado, el eco-extremismo todavía tiene mucho que decir, por lo que aquellos que tengan oídos para oír, que oigan.

Lo más simpático sería preguntar por qué ITS y sus aliados deben "retirarse" de la idea del ataque indiscriminado. ¿Por qué hacer daño a la gente que está tratando de ayudar? En otras palabras, la civilización y la destrucción que se desata sobre el mundo son culpa de un pequeño sector de la sociedad moderna, y hay que centrarse en convencer a la gran mayoría que no tiene la culpa, con el fin de tener el equilibrio de las fuerzas necesarias para superar los males que actualmente nos acosan. Aparte de eso, es sólo la mala forma. Es comprensible que las "cosas malas" ocurran incluso con acciones bien planificadas. Lo menos que pueden hacer aquellos que se someten a ella es que se disculpen. Eso sólo son buenos modales. Algunos anarquistas chilenos hicieron algo recientemente, explotaron bombas de ruido a las cuatro de la mañana, cuando no hay nadie alrededor con el fin de expresar su "solidaridad" con quien ha solicitado el anarquismo internacional para orar por... quiero decir, expresar su solidaridad en esa semana. Pero si usted tiene que hacer algo, lo menos que puede hacer es reducir al mínimo los daños y expresar su pesar si algo va mal (pero sobre todo, entonces debe hacer nada...)

Por supuesto, el eco-extremismo rechaza estas objeciones infantiles e hipócritas. ¿Estas personas están expresando su superioridad moral, mientras jugaban con fuegos artificiales en medio de la noche y luego se dedica a otras cosas por el mundo, sin ninguna razón aparente? ¿Quieren una galleta o una estrellita por ser unos niños buenos?

El Eco-extremismo admitirá fácilmente que ese anarquismo devoto es piadoso y santo. No quiere su ayuda de todos modos. Si los anarquistas que se inclinan a la izquierda buscan ganar popularidad en el manicomio de la civilización, por supuesto el eco-extremismo se rinde... Felicidades de antemano.

Ha habido críticas contra los eco-extremistas diciendo que no es así como se libra una guerra contra la civilización. Muy bien, vamos a seguir adelante y echar un vistazo más de cerca, a una guerra real contra la civilización. Los editores de la Revista Regresión ya han escrito una extensa serie de artículos sobre la Rebelión del Mixtón y la Guerra Chichimeca, que se extendió por gran parte del territorio de México en el siglo XVI, aquí recomendamos encarecidamente su trabajo. En este ensayo, vamos a aumentar sus argumentos recurriendo a un ejemplo muy querido de un "tierno" y trágico indio, Ishi, el último de la tribu Yahi en el estado de California en los Estados Unidos.

En este ejercicio, no pretendemos saberlo todo de aquellos miembros de una tribu de la Edad de Piedra que fueron cazados hasta su extinción por los blancos. En la medida en que cualquier analogía histórica es defectuosa, ipso facto, aquí vamos por lo menos a tratar de tomar las lecciones de cómo el Yahi luchó, sus actitudes hacia la civilización siendo el último hombre, y cómo la forma de su cultura problematiza los valores anarquistas y los de izquierda venidos de la Ilustración. Este ensayo pretende mostrar que la guerra del Yahi contra la civilización también fue indiscriminada, carente de valores occidentales como la solidaridad y el humanismo, y fue un duelo a muerte contra la vida europea domesticada. En otras palabras, es un modelo de cómo muchos eco-extremistas ven su propia guerra llevada a cabo desde su individualidad. Ishi, lejos de ser el modelo del "buen salvaje", fue el último hombre de pie en una guerra librada contra los blancos, con la mayor cantidad de brutalidad y "criminalidad" que el ahora extinto Yahi pudo soportar.



El Yahi

El 29 de agosto de 1911, un hombre de color marrón, desnudo y hambriento, de alrededor de cincuenta años de edad fue encontrado fuera de un matadero cerca de Oroville, California. El hombre fue rápidamente detenido y metido en la cárcel de la ciudad. Al principio, nadie podía comunicarse con él en cualquier idioma conocido. Pronto, los antropólogos llegaron de San Francisco y encontraron que el hombre era Yahi, una banda situada más al sur de la tribu Yana, conocido localmente como "indios Digger" o "Indios Mill Creek / Deer Creek". Durante mucho tiempo se ha sospechado que un pequeño grupo de "indios salvajes", aún vivían en la región montañosa del norte inhóspito de California. Los antropólogos hicieron los arreglos para que el último "indio salvaje" viviera con ellos en su museo, y que les enseñara acerca de su cultura en San Francisco. Después de haber encontrado un (imperfecto) traductor Yana, no pudieron conseguir el nombre del indio que no sea solo "Ishi", la palabra Yana para "hombre". Ese es el nombre por el que se le conoció en el momento de su captura hasta su muerte, cuatro años y medio más tarde.

Los Yahi eran una rama meridional de una tribu más grande llamada Yana, encontrada en el norte de California, al norte de la ciudad de Chico y del río Sacramento. Antes de la llegada de los europeos, había quizá no más de 3.000 Yana en sus tierras tradicionales bordeado por los Maidu al sur, los Wintu al oeste, y la tribu Shastan al norte. Hablaban el lenguaje Hokan, las raíces de las cuales compartieron con tribus en toda América del Norte. Como tribu, los Yana, en particular, eran mucho más pequeños que sus vecinos, pero aun así tenía una reputación de brutalidad hacia ellos. También se especula que el Yana pudo primero haber vivido en las tierras bajas más productivas antes de ser llevado a la región montañosa menos productiva por sus vecinos mucho más grandes y ricos hacia el sur, en particular. Como Theodora Kroeber comenta en su libro, "Ishi in Two Worlds":

"Los Yana fueron menores en número y más pobres en comodidades materiales a lo que eran sus vecinos del valle, a los que consideraban como combatientes suaves, laxos, e indiferentes. Al igual que las tribus de montaña en otras partes del mundo, los Yana, también, eran orgullosos, valientes, ingeniosos y rápidos, y fueron temidos por los pueblos maidu y wintu que vivían en las tierras bajas." (25)

M. Steven Shackley, en su ensayo, "The Stone Tool Technology of Ishi and the Yana", escribe sobre la relación de los Yahi con sus vecinos inmediatos:

"A causa de tener que vivir en un ambiente tan marginal, los Yahi nunca tuvieron buenas relaciones con los grupos de los alrededores en cualquier periodo de tiempo. Evidencia arqueológica regional sugiere, que los hablantes de lenguas hokanas, probablemente los que podrían ser llamados

proto-Yana, vivían en un territorio mucho más amplio que incluía la parte superior del valle del río Sacramento, así como las colinas de la Cascada del sur hasta la "Intrusión Penutia" en algún momento hace 1000 años. Estos grupos que hablan idiomas Penutian fueron los antepasados de los Maidu y Wintu / Nomlaki, que vivían en el valle del río en el momento del contacto español y Anglo. La violencia considerable sugiere en este momento, en el registro arqueológico y del proto-Yana, evidentemente, que no se movieron a un hábitat más pequeño, o más marginal de buena gana. La violencia a manos de los extranjeros no era nuevo, con la llegada de los anglosajones a partir de 1850, los Yahi había mantenido relaciones de enemistad en un largo plazo con los grupos que hablan idiomas Penutian, que les habían quitado por la fuerza la tierra inferior y sus alrededores por algún tiempo". (Kroeber y Kroeber, 190)

En general, sin embargo, los Yana vivieron como la mayoría de las tribus, se aferran al ciclo de las estaciones y tenían poca estratificación social. La única diferencia importante entre los Yana es que tenían dualidad-sexual en el lenguaje, es decir, una forma diferente en la lengua Yana que era utilizada por cada sexo. Como explica Theodora Kroeber:

"Los bebés de ambos sexos estaban al cuidado de la madre, con una hermana mayor o la abuela ayudando. Su primera habla, fue la del dialecto de la mujer, siempre se habla de las mujeres y de los hombres, y los niños en la presencia de niñas y mujeres. Cuando el niño crecía y era independiente de la atención de la madre, era llevado por su padre o hermano mayor o tío dondequiera que fueran, durante tiempos más largos cada día. A la edad de nueve o diez años, mucho antes de la pubertad, pasaba la mayor parte de sus horas en compañía masculina y dormía en vigilia en casa de los hombres. Por lo tanto, el niño aprendió su segundo idioma, el dialecto de los hombres." (29-30)

Kroeber explica que el habla femenina, era a menudo un discurso "cortado" con las palabras masculinas que tienen más sílabas. Aunque las mujeres sólo usaban un dialecto de la lengua, conocían la variante masculina también. Theodora Kroeber especula que en la lengua Yana, lejos de ser una curiosidad lingüística, la división estricta de las palabras pudo haber hecho de los Yahi más intransigentes a la interferencia del mundo exterior. Ella escribe:

"Queda un aspecto psicológico de esta peculiaridad en el idioma, que no está sujeto a prueba, pero que no debe descartarse. El yahi sobreviviente parece que nunca ha perdido su moral en su larga y desesperada lucha por la supervivencia. ¿Podría el lenguaje haber jugado un papel en esta tensión continua de la fuerza moral? Se le había dotado a sus conversaciones con el hábito de la cortesía, formalidad, y el uso cargado de un fuerte sentido en la importancia de hablar y de comportarse de tal o cual

manera y no de otra, de manera que no permitía la dejadez ya sea de palabra o de comportamiento.” (Ibid, 31)

Theodora Kroeber examina este aspecto de la vida Yana más tarde en su libro, cuando describe la relación de Ishi con su primer intérprete mestizo Yana, Sam Batwi:

“Ishi era un conservador cuyos antepasados habían sido hombres y mujeres de rectitud; cuyo padre y abuelo y tíos habían llevado con dignidad la restricción de las responsabilidades de ser los principales de su pueblo. Las maneras de Ishi eran buenas; las de Batwi olían a la crudeza de la ciudad de la frontera, que era lo que mejor conocía y que, por la costumbre de la época, conocía de sus ciudadanos menos iluminados... Es muy posible que en el primer encuentro, Ishi y Batwi reconocieron que eran de diferentes estratos de la sociedad Yana, Batwi era el menos considerado...” (153)

La mayor parte de la cultura Yahi era muy similar a las culturas indígenas de California en general. Los esfuerzos de los hombres se centraban en la caza y la pesca en los ríos, en especial con el salmón como alimento disponible. Los esfuerzos de las mujeres se centraban en la recolección, almacenamiento y preparación de bellotas y otras plantas como parte de su dieta básica. El antropólogo Orin Starn, en su libro “Ishi’s Brain: In Search of America’s Last “Wild” Indian”, afirma lo siguiente en relación con el conservadurismo de los Yahi, en particular, (71):

“Sin embargo, los Yahi eran también una comunidad encarnada a sus costumbres. Es posible que se hayan casado con tribus vecinas (y, en veces secuestrando en las mujeres a mediados del siglo XIX), pero los extranjeros eran absorbidos por el camino Yahi. En otras partes de la América nativa, antes de Colón, hubo inestabilidad en el cambio - enfermedad, guerra, migración, invención cultural, y adaptación. En el suroeste, por ejemplo, los legendarios Anasazi de repente desaparecieron en el siglo XII, por causas que aún se debaten. Con el tiempo, sin embargo, el Yahi mostró más continuidad y estabilidad que otros grupos. Relativamente pocas modificaciones se produjeron en sus puntas de lanza, en los campamento, en el hecho de golpear bellotas, u otras rutinas de existencia yahi. Por lo que parece, los antepasados de Ishi siguieron más o menos el mismo modo de vida durante muchos siglos”.

Como eran muy del norte, la nieve y la falta de alimentos fueron factores que se presentaban a menudo en los tiempos de escasez en invierno. Sin embargo, los Yana sabían cómo prosperar en la tierra que se les dio, como Kroeber resume en su retrato de la vida Yana y su relación con las estaciones del año:

“El invierno también era el momento de volver a contar la vieja historia de la creación del mundo y cómo se hicieron

los animales y los hombres, el tiempo para escuchar otra vez las aventuras de Coyote y del Zorro y de la Marta de pino, y la historia del Oso y de los Ciervos. Así, sentado o acostado cerca del fuego en la casa cubierta de tierra, y envuelto en mantas de piel de conejo, con la lluvia que cae afuera o con el espectáculo de la luna brillante que caía con su luz hacia abajo en Waganupa o lejos en Deer Creek, el ciclo Yana de los cambios de estaciones estaba completado dando otra vuelta completa. A medida que las canastas de alimentos estaban vacías, una por una, el juego se mantuvo oculto y escaso, los sueños de los Yana se dirigieron a un tiempo, no muy lejano, cuando la tierra se cubrió con el nuevo trébol. Sintieron el impulso de ser levantados y despertaron en un mundo, por momentos muy lejos, en un gran océano que nunca habían visto, el salmón brillante fue nadando hacia la desembocadura del río Sacramento, su propio flujo del origen de los Yana.” (39)

Starn también cita un canto entonado por Ishi a los antropólogos que resumen el fatalismo Yahi (42):

Serpiente de cascabel muerde.

Oso Grizzly muerde

y van a matar a la gente.

Deja que sea de esta manera.

El hombre va a salir herido al caerse de la roca.

El hombre se va a caer al recoger piñones.

Él va a nadar en el agua, a la deriva, mueren.

Ellos caen por un precipicio.

Van a ser golpeados por puntas de flecha.

Ellos se perderán.

Tendrán que quitar astillas de madera de su ojo.

Van a ser envenenados por los hombres malos,

Van a ser ciegos.

Los yahi en Guerra

Como era de esperar, la invasión de los europeos podría haber incluso cambiado a algunas tribus pacíficas, a hostiles y salvajes. Como Sherburne F. Cook, declaró en su libro, “The Conflict Between the California Indian and White Civilization”:

“El efecto general de estos eventos provoca un cambio en todo el horizonte social de los indígenas, en particular la de la Yokuts, Miwok, y Wappo. Las fuerzas disruptivas, previamente discutidas con referencia a su influencia en la disminución de la población, tuvieron también el efecto de generar un tipo totalmente nuevo de civilización. Para ponerlo en esencia: un grupo sedentario, tranquilo y muy localizado, se convirtió en un grupo belicoso y semi-nómada. Obviamente, este proceso no fue completado en 1848, ni afectaba a todas las partes componentes de las masas de nativos por igual. Pero sus inicios habían llegado a ser muy aparentes”. (228)

Sin embargo, no todos los indios reaccionaron enérgicamente a la invasión del Anglo blanco. Los Maidu, vecinos del valle de los Yahi hacia el sur, parecía que no habían puesto mucha resistencia al ataque de los blancos próximos a sus tierras, como el escritor maidu, Marie Potts, indicó:

“A medida que llegaron más hombres blancos, drenaron la tierra. Los ranchos se desarrollaron tan rápido que, después de haber tenido un país de montañas y prados para nosotros mismos, nos convertimos en obreros o vagabundos sin hogar. Al ser gente pacífica e inteligente, nos adaptamos como mejor pudimos. Sesenta años más tarde, cuando nos dimos cuenta de nuestra situación y presentamos nuestro caso a la United States Land Commission, nuestro reclamo se resolvió por setenta y cinco centavos por acre. No hubo levantamientos en la zona maidu. Los colonos blancos que llegaron a nuestra zona estaban contentos de tener mano de obra indígena, y los registros muestran algunas veces un trato justo”. (Potts, 10)

Como se indicó anteriormente, los Yahi eran hostiles, incluso hacia las tribus indias cercanas a ellos, y de manera brutal. Ms. Potts se refiere a las relaciones de los Yahi con los maidu:

“Los Mill Creeks (Yahi) eran lo que para nosotros “significa” gente. Habían matado a mucha de nuestra gente, incluso a los pequeños bebés. Ellos vigilaron, y cuando nuestros hombres estaban ausentes en la caza o de trabajo, atacaron a las mujeres, a los niños y a los ancianos. Cuando el hombre regresó de la caza encontró a su esposa muerta y a su bebé tumbado en el suelo, comidos por las hormigas. Después los Mill Creeks había matado a numerosos blancos, se enteraron de que los blancos estaban reuniendo voluntarios para hacer una incursión y castigarlos. Por lo tanto, establecieron un sistema de alarma para advertirse a sí mismos, viviendo al filo de los cañones, en una zona improductiva”. (Ibid, 41)

Cuando los colonos blancos llegaron a encontrar oro en California en la década de 1840 y principios de 1850, trajeron con ellos el modus operandi de *“el único indio bueno, es el indio muerto”*. No había amor entre ellos y los Yahi, entonces los Yahi fueron persuadidos para perfeccionar sus formas austeras e intransigentes en una guerra de guerrillas de terror contra los blancos. Stephen Powers, lo escribió en 1884, describe al yahi en el siguiente pasaje:

“Si los Nozi son un pueblo peculiar, éstos [los Yahi] son extraordinarios; si el Nozi parece extranjero de California, estos son doblemente extranjeros. Parece probable que este presenciando ahora, un espectáculo sin paralelo en la historia humana - el de una raza bárbara en resistencia a la civilización con armas en sus manos, hasta el último hombre

y la última mujer, y el último pappoose... [Ellos] infligieron crueldad y torturas terribles a sus cautivos, como las razas Algonkin. Sea cual sea, las abominaciones de las razas indígenas, pueden haber perpetrado la muerte, la tortura en vida era esencialmente extraña en California.” (Heizer y Kroeber, 74)

El californiano antropólogo Alfred Kroeber, especula acerca de las tendencias bélicas de los Yahi:

“Su reputación bélica puede ser debida en parte, a la resistencia ofrecida contra los blancos por una o dos de sus bandas. Pero si la causa de esto era en realidad una energía superior y el coraje o una exasperación inusual ayudada por el entorno, todavía poco poblado, y el hábitat fácilmente defendible es más dudoso. Eran temidos por sus vecinos, como el maidu, ellos prefirieron estar hambrientos en la montaña en lugar de enfrentarse. El habitante de la colina tiene menos que perder luchando que el habitante rico. También está menos expuesto, y en caso de necesidad tiene mejor y más numerosos refugios disponibles. A lo largo de California, los pueblos llanos se inclinaron más a la paz, aunque el más fuerte en número: La diferencia es la situación que se refleja en la cultura, no en cualidad innata” (ibid, 161)

Jeremías Curtin, un lingüista que estudió las tribus indias de California a finales del siglo XIX, describe la naturaleza "renegada" de la tribu de Ishi:

“Ciertos indios vivían, o más bien, estaban al acecho, los Mill Creek merodeaban en lugares salvajes al este de la Tehama y al norte de Chico. Estos indios Mill Creek eran fugitivos; estaban fuera de la ley de otras tribus, entre otros, de la Yanas. Para herir a estos últimos, fueron a un poblado Yana aproximadamente a mediados de agosto de 1864, y mataron a dos mujeres blancas, la señora Allen y la señora Jones. Cuatro niños también fueron dados por muertos, pero después se recuperaron. Después de los asesinatos de los Mill Creek, ellos volvieron a casa inadvertidamente, y con ellos, llevando varios artículos saqueados.” (Ibid, 72)

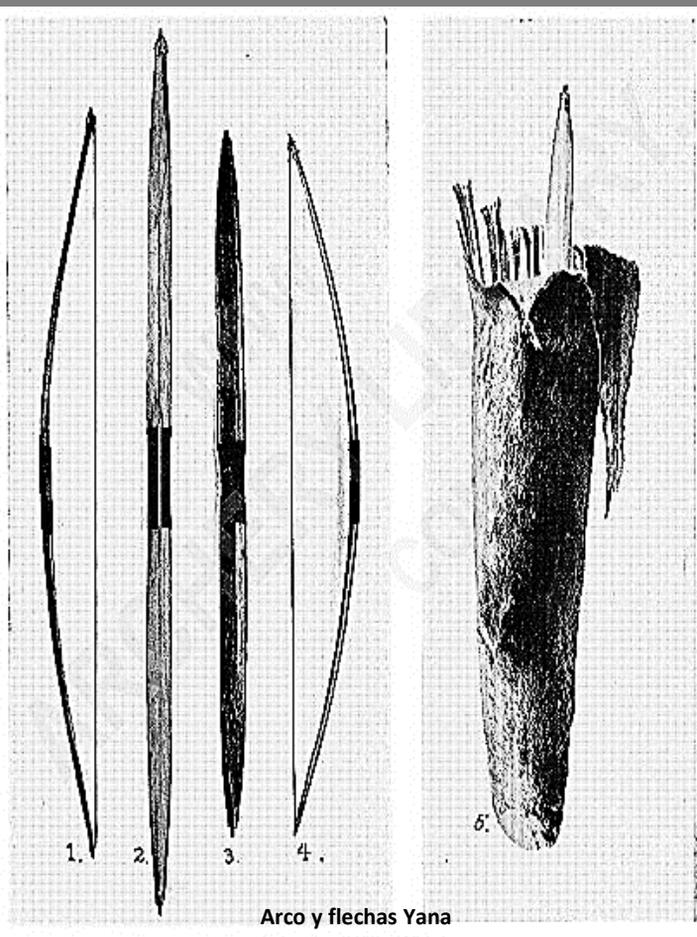
Un cronista detalló otra atrocidad yahi en el siguiente pasaje:

“La matanza de los niños Hickok fue en junio de 1862. Hijos del pueblo Hickok, dos niñas y un niño fueron a recoger moras en Rock Creek, cerca de tres cuartas partes de una milla de su casa, cuando fueron rodeados por varios indios. Primero dispararon a la niña mayor, ella tenía diecisiete años, le dispararon y la dejaron completamente desnuda. A continuación, dispararon a la joven, pero ella corrió a Rock Creek y cayó de cara en el agua. No se llevaron su ropa pues ésta aún tenía su vestido. En ese momento, Tom Allen entró en escena. Él transportaba madera de construcción para un

hombre con el nombre de Keefer. De inmediato atacaron a Allen. Fue encontrado con el cuero cabelludo arrancado y con la garganta cortada. Diecisiete flechas habían disparado sobre él, y siete lo habían atravesado". (Ibid, 60)

Mrs. A. Thankful Carson, estuvo cautiva por los Mill Creeks o indios Yahi, también describe otros ejemplos de la brutalidad Yahi:

"Un niño de unos doce años de edad murió de la manera más bárbara: le cortaron los dedos, le cortaron la lengua, y se suponía que debían de haberlo enterrado con vida, pero cuando se le vio ya estaba muerto. En otra ocasión, un hombre con el nombre de Hayes estaba cuidando de sus ovejas. En algún momento durante el día, se fue a su cabaña y se encontró rodeado de quince indios. Ellos lo vieron llegar: él se dio la vuelta y corrió, los indios comenzaron a disparar flechas sobre él, pasó de un árbol a otro. Por último le dispararon con un arma de fuego que le travesó del brazo. Se las arregló para escapar de la captura por un estrecho agujero". (Ibid, 26)



Otro cronista local, H. H. Sauber, describe el razonamiento detrás de la caza de los Yahi al exterminio:

"Una vez asesinaron a tres niños en edad escolar a menos de diez millas de Oroville, y más de cuarenta millas de Mill Creek. Poco después, mataron a un carretero y dos

vaqueros durante la tarde, y fueron vistos a distancia en las carretas cargadas de carne de res robada a través de las colinas, antes de que nadie supusiera que habían estado detrás del acto. Otras víctimas, demasiado numerosas para mencionarlas, habían caído en sus implacables manos. En resumen, ellos nunca robaron sin asesinar, aunque el delito podría ayudarles tempranamente, el hecho, sólo podría exacerbar más a los blancos a estar en contra de ellos". (Ibid, 20)

Alfred Kroeber hizo eco sobre ese sentimiento en 1911 con un ensayo sobre los Yahi, donde afirmó:

"El Yana del sur, o los Mill Creeks, se reunieron con un destino mucho más romántico que sus parientes. Cuando el americano vino a la escena, tomaron posesión de sus tierras para la agricultura o la ganadería, y a punto del rifle les propusieron que se retiraran y que no interfirieran, como ocurrió antes de que hubieran transcurrido diez años después de la primera fiebre del oro, los Mill Creeks, como muchos de sus hermanos, resistieron. No se retiraron, sin embargo, después del primer desastroso conflicto aprendieron la abrumadora superioridad de las armas de fuego del hombre blanco y su organización, mansamente desistieron y aceptaron lo inevitable. En cambio, sólo endurecieron su espíritu inmortal en la tenacidad y el amor a la independencia, y comenzaron una serie de represalias enérgicas. Durante casi diez años mantuvieron una guerra incesante, destructiva principalmente contra sí mismos, pero sin embargo sin precedentes en su terquedad con los colonos de los condados de Tehama y Butte. Apenas recuperado de un solo golpe, los sobrevivientes atacaban en otra dirección, y en tales casos no escatimaban ni la edad ni el sexo. Las atrocidades cometidas contra las mujeres blancas y contra los niños despertaron el resentimiento de los colonos en mayor grado, y cada uno de los excesos de los Indios fue más que correspondido, pero aunque la banda disminuyó mantuvieron una la lucha desigual." (Ibid, 82)

Theodora Kroeber intenta templar estas cuentas con sus propias reflexiones sobre la brutalidad y "criminalidad" de los Yahi:

"Los indios tomaban su parte, los caballos, mulas, bueyes, vacas, ovejas, cuándo y dónde se pudiera, sin perder parte de que estos animales eran alimento y ropa para ellos. Hicieron mantas y capas de esas pieles, curtieron los cueros, e hicieron 'charqui' o 'jerky' de la carne que no se comía fresca. En otras palabras, trataron a los animales introducidos por los europeos como lo hicieron con los ciervos, osos, alces, o conejos. Ellos no parecen haberse dado cuenta de que esos animales fueron domesticados, el perro es el único animal que ellos sabían que estaba domesticado. Robaron y mataron para vivir, no para acumular rebaños o riqueza, los indios realmente no entienden que lo que se llevaron fue la propiedad privada

de una persona. Muchos años más tarde, cuando Ishi había pasado a la edad media, se sonrojó de vergüenza dolorosa cada vez que recordaba que para los estándares morales de los blancos, él y sus hermanos Yahi habían sido culpables de robo.” (61)

Theodora Kroeber en su trabajo no parece abordar profundamente el estilo brutal de los Yahi en la guerra, haciendo hincapié en que lo que sucedió era solo dar la cara a la invasión masiva del blanco sobre sus tierras.

Ishi



A pesar de tener "la ventaja de campo" y un enfoque excepcionalmente enérgico para atacar a sus enemigos, los Yahi fueron cazados gradualmente y destruidos hasta que quedaron sólo unos cuantos. En 1867 o 1868, en la masacre de la cueva Kingsley se asesinaron a 33 Yahi hombres, mujeres y niños, siendo este el último gran golpe de los blancos a la última Yana salvaje.

Como Theodora Kroeber afirma:

"Ishi era un niño de tres o cuatro años de edad en el momento de la matanza de Tres Lomas, edad suficiente para recordar las experiencias cargadas de terror. Él tenía ocho o nueve años cuando la matanza de la cueva Kingsley, posiblemente, fue parte de la limpieza de la cueva y de la disposición ritual de los cuerpos de las víctimas. Entró en la clandestinidad, en la que crecería sin tener más de diez años de edad". (Ibid, 91)

Con la derrota militar abierta de los Yahi, los salvajes comenzaron un tiempo de clandestinidad, que A.L. Kroeber clasificaría como; *"la nación libre más pequeña del mundo,*

que por una fortaleza sin precedentes y la terquedad del carácter, lograron resistirse a la marea de la civilización, veinticinco años más incluso que la famosa banda de Geronimo el Apache, y durante casi treinta y cinco años después de que los Sioux y sus aliados derrotaran a Custer". (Heizer y Kroeber, 87)

Los restantes Yahi ocultos y perseguidos, se reunieron, y robaron todo lo que pudieron en circunstancias difíciles. Encendían sus fogatas de manera que no se pudieran ver desde distancias lejanas, tenían sus asentamientos no lejos de los lugares que los blancos normalmente viajaban y frecuentaban. Pronto su presencia se convirtió en un rumor y luego en una mera leyenda. Es decir, solo hasta unos años antes de que Ishi se adentrara en la civilización, su campamento fue encontrado cerca de Deer Creek en 1908. Ishi y algunos indios restantes escaparon, pero en el transcurso de tres años, Ishi estaba solo, tomando la decisión de caminar hacia el enemigo, donde estaba seguro de que indudablemente lo matarían, al igual que hicieron con el resto de su pueblo.

En 1911, sin embargo, a través de la benevolencia problemática de los vencedores, Ishi pasó de ser un enemigo declarado a una celebridad menor, mudándose así a San Francisco y teniendo un flujo constante de visitantes que iban al museo donde vivió. Las personas estaban fascinadas por este hombre que era la última persona real de la Edad de Piedra en América del Norte, alguien que podía fabricar y tallar sus propias herramientas o armas de piedras y palos. Ishi hizo la "paz" con la civilización, e incluso hizo amigos. Desarrolló sus propias preferencias de alimentos y otros bienes, y mantuvo meticulosamente su propiedad como lo había hecho como cuando vivió cuarenta años en la clandestinidad. Sin embargo, en menos de cinco años de haber llegado a la civilización, Ishi, el último Yahi sucumbió a quizás una de las enfermedades más civilizadas de todas: la tuberculosis.

Sin embargo, hubo algunos detalles bastante interesantes que son fuente indicativa, de la actitud de Ishi frente a la vida en la civilización. Ishi se negó a vivir en una reserva, y eligió vivir entre los blancos, en la ciudad, lejos de los indios corruptos que hace tiempo se habían entregado a los vicios de la civilización.

Como T. T. Waterman declaró en una referencia indirecta a Ishi en un artículo de una revista, él escribió:

"Siempre se ha creído los relatos de varias tribus formadas por estos renegados Mill Creek. A partir de lo que hemos aprendido recientemente, parece poco probable que hubiera más de una tribu en cuestión. En primer lugar, el único miembro de este grupo hostil que nunca ha sido cuestionado [es decir, Ishi], expresa el disgusto más animado para todas las demás tribus. Parece, y siempre ha parecido, más dispuesto a hacer amigos con los propios



blancos, que con los grupos vecinos de indios. En segundo lugar, todas las otras tribus indias de la región profesan el horror más apasionado hacia los Yahi. Este temor se extiende incluso al país hoy en día. Incluso los Yahi y los Nozi, aunque hablaban dialectos de una misma lengua (el llamado Yana), expresaban la más implacable hostilidad entre sí. En otras palabras, los indios que acechaba alrededor de las colinas de Mill Creek durante varias décadas después de la liquidación del valle, eran probablemente el remanente de un grupo relativamente puro, ya que había pocas posibilidades de mezcla." (Heizer y Kroeber, 125)

[Cabe señalar aquí que Orin Starn rechaza la idea de la pureza étnica de los Yahi en el período histórico, pero no da ninguna razón real detrás de él (106). Este tema será tratado más adelante.]

En su cautiverio voluntario en la civilización, Ishi se destacó por su sobriedad y ecuanimidad hacia los que le rodeaban, dedicado a las tareas que se le asignaron en el museo en el que vivía, y también para mostrar la fabricación de artefactos que utilizaba para la supervivencia. Theodora Kroeber describe la actitud general de Ishi hacia su entorno civilizado:

"Ishi no fue dado al voluntariado, criticaba las formas del hombre blanco. Pero era observador y analítico, y, cuando se presionaba, podía emitir un juicio o al menos algo así. Estaba de acuerdo con las "comodidades" y la variedad del mundo del hombre blanco. Ishi y ni tampoco ninguna persona que ha vivido una vida de penurias y privaciones subestiman una mejora de los niveles de prioridad, o el alcance de algunas comodidades e incluso algunos lujos. A su juicio, el hombre blanco es afortunado, inventivo, y muy, muy inteligente; pero infantil y carente de una reserva deseable, y de una verdadera comprensión de la naturaleza y su rostro místico; de su terrible y benigno poder."

Se le preguntó cómo, hoy en día caracterizaría a Ishi, [Alfred] Kroeber dice:

"Era el hombre más paciente que he conocido. Me refiero a que ha dominado la filosofía de la paciencia, sin dejar rastro alguno de autocompasión o de amargura para adormecer la pureza de su alegría. Sus amigos, todos dan testimonio de la alegría como un rasgo básico en el temperamento de Ishi. Una alegría que pasó, dado la oportunidad, a una suave hilaridad. El suyo era el camino de la alegría, el Camino Medio, que debe perseguir en silencio, trabajando un poco, jugando y rodeado de amigos." (239)

Desde el punto de vista eco-extremista o anti-civilización, estos últimos años de Ishi parecen problemáticos, incluso en contra de la narrativa deseada. Incluso Theodora Kroeber utiliza la magnanimidad aparente de Ishi como fue, “aceptar gentilmente la derrota” y, “los caminos del hombre blanco”, “hasta ser un apoyo de las ideas del humanismo y del progreso” (140). Sin embargo, esta es una simple cuestión de interpretación. Uno no puede juzgar a una persona que vivió cuarenta años en la clandestinidad, y vio a todos sus seres queridos morir violentamente, por la edad, o por enfermedad, y emitir un juicio sobre todo cuando él estaba al borde de la inanición y de la muerte. A pesar de todo, Ishi se aferró a la dignidad y sobriedad que es, irónicamente, la esencia del salvajismo como Ishi lo veía. Por encima de todo, sin embargo, Ishi dio testimonio de ese salvajismo, se comunicaba, y rechazaba a aquellos que le habían dado la espalda, abrazado los peores vicios de sus conquistadores. Como los editores de la Revista Regresión declararon en su respuesta en relación con los chichimecas que se habían “rendido” a los blancos en el siglo XVI. En el artículo, de la revista “Ritual Magazine”:

“San Luis de la Paz en el estado de Guanajuato es la última locación chichimeca registrada, específicamente en la zona de Misión de Chichimecas, en donde se pueden encontrar a los últimos descendientes: los chichimecas-jonaces, y quienes guardan la historia contada de generación en generación sobre el conflicto que puso en jaque al virreinato en aquellos años.

Un integrante de RS, ha conseguido entablar conversaciones con alguna gente de este poblado, de los cuales se evitarán sus nombres para evitar posibles nexos con el grupo extremista.

En las conversaciones los nativos engrandecen la fiereza de los chichimecas-guachichiles, enaltecen orgullosamente su pasado en guerra, ellos han mencionado que a raíz del exterminio de los últimos salvajes, cazadores-recolectores y nómadas, los demás pueblos chichimecas que se habían salvado de la muerte y del presidio decidieron ceder terreno y hacer ver a los españoles que seguían su religión, que compartían sus nuevos mandatos y que se adaptarían a la vida sedentaria, todo esto con el fin de mantener viva su lengua, sus tradiciones y sus creencias. Inteligentemente los ancianos de aquellas tribus junto con los curanderos (madai coho), que habían bajado de los montes para vivir en paz después de años de guerra, decidieron adaptarse, con tal de que sus historias y sus costumbres no fueran también exterminadas, para que fueran dejadas como herencia a las generaciones venideras.”

Si no fuera porque Ishi se adentró en la civilización en lugar de elegir morir en el desierto, no conoceríamos su historia, o la historia de la última banda libre de indios salvajes en América del Norte. Por lo tanto, incluso en la derrota, la “rendición” de Ishi es realmente una victoria para la Naturaleza Salvaje, una victoria que puede inspirar a aquellos que vienen detrás de él para participar en luchas

similares de acuerdo a nuestra propia individualidad y habilidades.

Cabe señalar por medio de una posdata, que muchos historiadores “revisionistas” ven la historia de Ishi de una manera mucho más complicada que la historia inicial contada por los antropólogos que lo encontraron. Algunos estudiosos piensan que debido a su apariencia y la forma en que pulía sus herramientas de piedra, Ishi pudo haber sido racialmente maidu o mitad de sangre maidu-yahi. Esto no sería sorprendente pues los Yahi a menudo allanaban tribus vecinas para llevarse mujeres (Kroeber y Kroeber, 192). Los lingüistas han descubierto que los Yahi tenían muchas palabras adoptadas del español, postulando que algunos en la banda de Ishi habían dejado las colinas en un pasado no muy lejano y trabajaron para los ganaderos españoles en el valle, sólo para volver a las colinas una vez que llegaron los anglosajones hostiles. Aunque los estudiosos piensan que están descubriendo los matices de la historia Yahi, en realidad muchas de sus ideas estaban en los informes originales, sin destacar.

Además, el propio Starn, por lo demás bastante revisionista, admite la posibilidad de que Ishi y su banda se mantuvo escondida en las colinas debido a un conservadurismo notable en su forma de vida y, visión del mundo:

“Ese Ishi estaba aquí tan detallado y entusiasta [en volver a contar cuentos Yana], Luthin y Hinton insisten, evidenciado “su claro respeto y amor” para las formas tradicionales Yahi, sin embargo la vida fue difícil para los últimos supervivientes en los confines de las inaccesibles colinas. Además de su temor a ser ahorcados o fusilados, la decisión tomada por Ishi y su pequeña banda de no rendirse también pueden haber medido apego a su propia forma de vida: un humeante plato de estofado de bellota en una mañana fría, las preciosas noches estrelladas, y el ritmo tranquilizador de las estaciones.” (116)

Lecciones de la Guerra Yahi

He serpenteado desde el principio de este ensayo, pero lo he hecho a propósito. La intención ha sido dejar que Ishi y los Yahi, la última tribu salvaje de América del Norte, hablaran por sí mismos, en lugar de participar en polémicas simples donde las consignas descuidadas desvían la atención real y profunda del tema. Lo que está claro es que los Yahi no hicieron la guerra como cristianos o humanistas liberales. Ellos asesinaron a hombres, mujeres y niños. Robaron, atacaron en secreto, y huyeron hacia las sombras después de sus ataques. No eran muy queridos incluso por sus compañeros indios, aquellos que deberían haber sido tan hostiles a la civilización como lo eran antes. Incluso la perspectiva de una derrota segura no les impidió una escalada en sus ataques hasta que quedaron unos cuantos de ellos. Una vez alcanzado ese punto, literalmente

resistieron hasta el último hombre. En eso, el eco-extremismo comparte o al menos aspira a muchas de estas mismas cualidades.

Los Yahi fueron un ejemplo perfecto de lo que el eco-extremista busca, como se señala en la editorial de la Revista Regresión número 4:

“Austeridad: Las necesidades artificiales son un problema para los miembros de esta decadente sociedad, aunque algunos no las vislumbren y se sientan felices cubriéndolas con su vida de esclavos que llevan. La mayoría de la gente está siempre intentando pertenecer a ciertos círculos sociales acomodados, sueñan con lujos, con comodidades, etc., y para nosotros eso es una aberración. La sencillez, arreglártelas con lo que tengas a la mano, y apartarse de los vicios civilizados rehusando de lo innecesario son características muy notorias dentro del individualista del tipo eco-extremista.”

Los Yahi, al igual que muchas de las tribus chichimecas que estaban en lo que hoy es México, vivieron en una "inhóspita" región montañosa a diferencia de sus vecinos más acomodados y numerosos en las tierras bajas; ese fue el caso, incluso antes de la llegada de los europeos. Estos vecinos, en particular los Maidu, no se defendieron contra la civilización, ya que su vida relativamente acomodada hizo que resultase más favorable aceptar la forma de vida civilizada. A diferencia de los reinos mesoamericanos, los Maidu no conocían la agricultura, pero estaban, no obstante ya "domesticados" a cierto nivel.

Fue la cultura dura y espartana de los Yahi que fortaleció su oposición a los europeos, aun cuando éste mostró un poder superior, incluso cuando estaba claro que se trataba de una guerra de exterminio que probablemente perderían. Redoblaron sus esfuerzos y lucharon su propia guerra de exterminio a la medida de sus posibilidades, sin diferenciar ni a las mujeres ni a los niños. A través de la astucia, el engaño, y teniendo un conocimiento superior del paisaje, emprendieron una campaña de terror contra los blancos, una campaña que confundió a todos los que han estudiado las tribus indígenas de la región. Incluso otros indios les temían (también otras personas que dicen oponerse a la civilización excomulgando a los eco-extremistas), ya que no dividían el mundo en dicotomías ordenadas de indios contra blancos. Para ellos, los que no estaban de su lado eran sus enemigos y fueron tratados como tales.

La guerra de los Yahi fue indiscriminada y "suicida", al igual que la lucha eco-extremista pretende serlo. "Indiscriminada" en el sentido de que no se rige por consideraciones humanistas o cristianas. No tenían consideraciones por quien pudo haber sido "inocente" o "culpable": se atacó a todos los no-Yahi, a todos los que se

habían entregado a las formas genocidas del hombre blanco. Los Yahi no pretendían hacerse amigos de otras tribus, incluso cuando Ishi llegó a la civilización, se negaba a asociarse con los indios de su región quienes se rindieron tan fácilmente a la civilización blanca. Para preservar su dignidad, prefirió quedarse con el vencedor en lugar de con los vencidos. La guerra Yahi era "suicida", en cuanto no tuvo consideración con su futuro: su objetivo era vivir libre en el aquí y ahora, y atacar a aquellos que los estaban atacando, sin sopesar el costo. Esto se debe a su forma de vida que se forjó en los márgenes de los terrenos hostiles, y gran parte de su dignidad se centró en el ataque a los que ellos consideraban flexibles y no auténticos. No había futuro para los Yahi en la civilización porque no había lugar para el compromiso con la civilización.

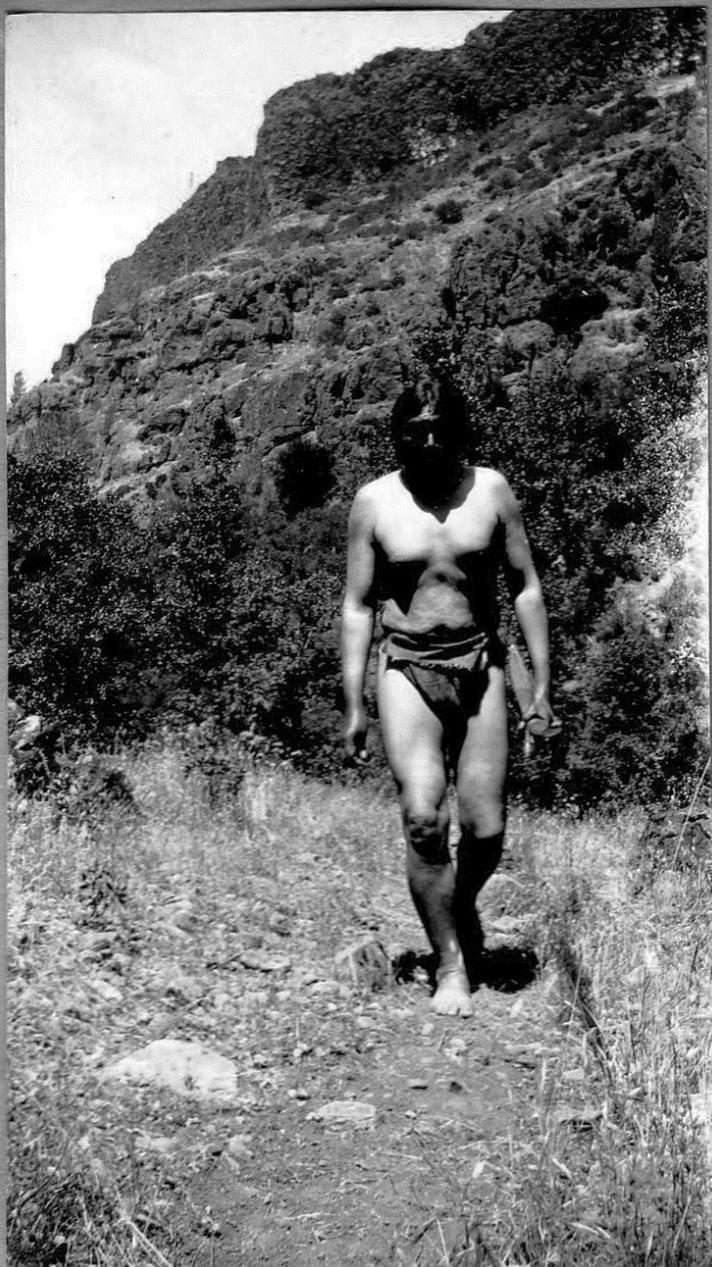
Aquí voy a especular (puramente basado en mi opinión), en cuanto a por qué alguien podría adoptar puntos de vista eco-extremista en nuestro contexto. Por supuesto, hay mucho enojo, tal vez incluso rabia involucrada. Me imagino que allí sería necesario llevar estas acciones. Sin embargo, ¿qué hace el amor eco-extremista? Los seres humanos modernos están tan alejados de la naturaleza salvaje, tan insensibles, adoptando una forma de vida en la que dependen de la civilización para todas sus necesidades, se lamentan de que alguien resulte herido por la explosión de un sobre, sin embargo, restan importancia, o incluso apoyan, la destrucción de un bosque, un lago o un río para beneficio de la humanidad civilizada. Son tan insensibles de su propia naturaleza, que piensan que la naturaleza misma es un producto de su propio ingenio, que los árboles solo caen en el bosque para que puedan oírlos, y que la condición *sine qua non* de la vida en la Tierra es la continua existencia de ocho mil millones de hambrientos y personas codiciosas. Si alguien está cegado por el odio, es el humanista, los izquierdistas y su apología de la "ley y el orden", quien hace de su propia existencia una condición no negociable para la continuidad de la vida en la Tierra. Si se les da la posibilidad de elegir entre la destrucción del planeta y de su propia abstracción amada llamada: "humanidad", preferirían destruir el mundo antes que ver a la humanidad fallar.

Lo que es aún más triste es que la mayoría de los seres humanos civilizados ni siquiera están agradecidos por los nobles sentimientos de los anarquistas e izquierdistas. Para ellos sólo son punkys que lanza una bomba y que deberían relajarse, ir al partido de fútbol, y dejar de molestar a los demás con su política o solidaridad. La izquierda/anarquista tiene el Síndrome de Estocolmo con las masas que nunca los van a escuchar, y mucho menos ganarse su simpatía. Ellos quieren ser vistos con buenos ojos por la sociedad, a pesar de que la sociedad nunca les va a prestar ninguna atención, y mucho menos a ellos. Se niegan a ver la sociedad como enemiga, y es por eso que van a pararse junto con ella, sin entender por qué el sueño

de la Ilustración falló, por eso todos los hombres nunca serán hermanos, por eso la única cosa en la que los seres humanos civilizados son iguales es, en su complicidad en la destrucción de la naturaleza salvaje. Su objetivo es ser los mejores alumnos de la civilización, pero serán siempre los malhechores, los forasteros, los anarquistas sucios que necesitan conseguir un trabajo.

El Eco-extremismo crecerá porque la gente sabe que este es el fin del juego. De hecho, desde los musulmanes a los cristianos a todo tipo de otras ideologías, el apocalipsis está en el aire, y nada puede detenerlo. Esto se debe a que la civilización es muerte, y siempre lo ha sido. Sabe que el hombre no puede ser dominado, que la única manera de hacerlo es someterlo para convertirlo en una máquina, para mecanizar sus deseos y necesidades, para eliminar desde lo más profundo de él su caos, que es naturaleza salvaje. En este sentido, el espíritu de Ishi y los Yahi permanecerá, siempre estará reapareciendo cuando menos te lo esperas, como una tendencia y no como una doctrina, como un grito que combate hoy sin temor por el mañana. El Eco-extremismo no tendrá fin, porque es el ataque salvaje, el "desastre natural", el deseo de dejar que el incendio arda, bailando alrededor de él. El anarquista retrocede y el izquierdista se espanta, porque saben que no pueden derrotarlo. Continuará, y consumirá todo. Se quemaran las utopías y los sueños del futuro civilizado, quedando sólo la naturaleza en su lugar. Para el eco-extremista, esto es un momento de regocijo y no de terror.

-Chahta-Ima
Nanah Waiya, Primavera 2016



Bibliografía

- "The Physical and Demographic Reaction of the Nonmission Indians in Colonial and Provincial California" in Cook, Sherburne F. The Conflict Between the California Indian and White Civilization. Berkeley: University of California Press, 1976.**
- Heizer, Robert and Kroeber, Theodora (Editors). Ishi the Last Yahi: A Documentary History. Berkeley: University of California Press, 1979.**
- Kroeber, Karl and Kroeber, Clifton (Editors). Ishi in Three Centuries. Lincoln: University of Nebraska Press, 2003.**
- Kroeber, Theodora. Ishi in Two Worlds. Berkeley: University of California Press, 1976.**
- Potts, Marie. The Northern Maidu. Happy Camp, CA: Naturegraph Publishers Inc. 1977.**
- Starn, Orin. Ishi's Brain: In Search of America's Last "Wild" Indian. New York: W.W. Norton & Company, 2004.**



Regresión

Cuadernos contra el progreso tecnoindustrial